

que se enterneciese el Salvador de los hombres, dice San Gregorio Niseno; y era imposible que el Dios de la caridad y de la misericordia no se moviese con tan lugubre aparato, y con espectáculo tan digno de compasion. Pero segun el pensamiento de San Juan Chrysostomo, otro objeto le movia mucho mas vivamente. La pérdida de un hijo, el llanto de la madre, la muerte de un heredero, y el desconsuelo de una viuda eran solamente consideraciones humanas, de muy poca fuerza para hacer una impresion tan grande en el corazon de un Dios: lo que no pudo ver sin dolor fue el excesivo afecto natural de esta madre para con su hijo; fue ver que esta muger miraba la muerte, no con los ojos de la fe, sino con los de la carne; fue la desgracia de este jóven sorprendido de un repentino accidente, y su muerte desprevenida. Para insistir, pues, en este último artículo, que me parece el mas importante y esencial, pregunto: ¿no es este el modo con que mueren tantos Christianos cada dia? Quiero decir, ¿sin haber pensado en la muerte, ni haberse dispuesto para ella? ¿Y qué cosa mas lamentable hay, que el estado de un hombre que se halla en este último punto quando menos lo esperaba, sin haber tomado sus medidas para un paso de consecuencias eternas? Luego es de suma consecuencia, amados oyentes míos, enseñaros á prevenir un riesgo tan espantoso; y por eso vengo hoy á hablaros sobre la preparacion para la muerte. Virgen Santa, eficaz protectora de los que estan para morir, á Vos invoquamos en esta hora tan critica: á vuestro favor entonces recurrimos; empezad á hacer desde ahora que experimentemos sus efectos, y escuchad favorable la oracion que os dirigimos: AVE MARIA.

San Juan Chrysostomo, dando reglas de vivir, y queriendo con estas reglas de vida disponer un alma Christiana para la muerte, pone esta preparacion especialmente en tres cosas; conviene á saber, en la persuasion de la muerte, en la vigilancia para la muerte, y en la ciencia práctica de la muerte. Estas tres disposiciones estan unidas entre sí necesariamente, y ellas harán la division de este discurso. Para disponerse á morir, dice este Santo Doctor, es necesario es

tar bien persuadidos de la muerte: esta es la primera regla. Es necesario velar continuamente contra los rebatos de la muerte: esta es la segunda regla. En fin, es necesario hacer de la misma vida, sea con la consideracion, sea con la práctica, un ejercicio continuo, y un como noviciado de la muerte: esta es la tercera. ¿Pues cuál es, respecto de nosotros, el motivo de la compasion del Hijo de Dios? Que temiendo la muerte como la tememos, vivimos en un descuido perpetuo, y en un olvido profundo de ella. Porque tememos morir, y por cierta que sea, y aun por vecina que esté la muerte, casi nunca estamos persuadidos á que hemos de morir. Tememos morir, y por incierta y engañosa que sea por otro lado la muerte, vivimos con tan poca cautela como si estuvieramos totalmente ciertos del tiempo y del estado en que hemos de morir. En fin, tememos morir, y á pesar de la experiencia quotidiana y sensible que tenemos de la muerte, jamas aprendemos á morir en la práctica de nuestra vida. Estos tres puntos necesitan de luz, y para eso he menester vuestra atencion.

I. PARTE.

Por la persuasion debe empezar este grande y santo ejercicio de la muerte; porque, como dice San Juan Chrysostomo, es imposible que yo me disponga seriamente para una cosa, de la qual no estoy persuadido; y quando ha de tener unas consecuencias tan irremediables y terribles como las de la muerte, no es posible (si estoy de ellas vivamente persuadido) que no me aplique con todas mis fuerzas á disponerme. No mireis, amados oyentes míos, como una instruccion inutil lo que ahora tengo que decir; ni me respondais que la muerte es en tanto grado cierta, que de ninguna verdad están mas convencidos los hombres. Porque yo afirmo al contrario, que ninguna, ó casi ninguna hay, de que lo estén menos: verdad, que os causará estrañeza; y yo mismo no la comprendiera si no supiera el sentido en que se debe entender; pero ver-
dad

dad constante, que yo intento haceros sensible en la explicacion que voy à dar.

Es verdad, Christianos; todos vosotros y yo estamos persuadidos à que hay un decreto de muerte dado contra el hombre pecador en el Tribunal supremo de la justicia de Dios, y que es un decreto irrevocable, y sin apelacion; *Statutum est hominibus semel mori.* (a) Mas, no sé por qué encanto del amor propio nos olvidamos de que este decreto se ha de executar en nuestras personas, y vivimos como si estuviéramos persuadidos à que no hemos de morir. Sabemos bien en general, que han de morir todos los hombres; pero sea lo que fuere de esa persuasion en general, siempre hallamos modo en lo particular de exceptuarnos de esa regla con mil ilusiones, y mil esperanzas vanas que nos burlan. Digamoslo mejor: tenemos bastante evidencia, y estamos especulativamente convencidos à que hemos de morir; pero tenemos al mismo tiempo mil errores prácticos, de que no moriremos: es decir, convenimos facilmente en que nos hemos de morir algun día, y en que esta es una ley rigurosa, por la qual es necesario pasar; pero nos consolamos con que no ha de ser tan presto, que tenemos tiempo aun, que no se ha llegado nuestra hora, que no hemos de morir de esta enfermedad; y esta persuasion nos impide el entrar en las disposiciones proximas y necesarias para preveniros para la muerte. Porque observad conmigo, Christianos, que lo que nos dispone à una buena muerte, no es saber especulativamente que es preciso morir, sino estar interiormente movido, y penetrado de este sentimiento interior: Yo he de morir, y mi hora se acerca; yo he de morir, y ha de ser en alguno de estos años que vanamente me prometo; yo he de morir, y ha de ser en la edad, y del modo que habré pensado menos. Esto nos determina à tomar sin dilacion las ardientes y generosas resoluciones de corregir nuestra vida para pensar solida y eficazmente en la muerte.

(a) Hebr. 9. v. 27.

Qué hace, pues, el enemigo de nuestro bien? Sabedlo, amados oyentes míos: ved aquí el artificio mas peligroso de que se vale para mantenernos en la impenitencia. Nos dexa todos los demas pensamientos de la muerte que sabe no nos han de servir de nada, y nos quita el que solamente tuviera eficacia para convertirnos. Quiero decir, no nos persuade à que no hemos de morir jamas; fuera ese un error muy grosero, ni tiene necesidad de él para hacer que nos perdamos; pero nos persuade que no hemos de morir hoy, ni mañana, ni en ningun tiempo de aquellos en que la caridad que nos debemos à nosotros mismos, nos instaria para volvernos à Dios, y esto le basta. Porque con esto, no haciendo jamas las cuentas con la muerte, jamas sacarémos aquellas conseqüencias provechosas, de las quales nuestra conversion depende; y así lo entendió San Juan Chrysostomo explicando estas palabras del Genesis: *Nequaquam moriemini.* (a) Es digno de vuestra atencion el reparo de este Padre. Dice, pues, que el diablo, aquel espíritu de mentira, se vale cada día para engañarnos de la misma astucia de que se valió en el Paraiso contra nuestros primeros Padres; y que quando quiere, ò hacernos caer en el pecado, ò apartarnos de la penitencia, uno de los medios ordinarios con que lo consigue, es sugiriendonos como al primer hombre y à su muger, que no hemos de morir: *Nequaquam moriemini.* Mas como puede cegarnos de esa suerte? Quando Dios no nos hubiera dicho que hemos de morir; quando no nos convenciéramos de esta verdad la razon; la experiencia sola no fuera bastante para forzar, nos à creerla? Qué verisimilitud hay de que pudiésemos desmentir en ese punto, no solamente à nuestra fe, y à nuestra razon, sino al testimonio incontestable y evidente de nuestros sentidos? Si por aqui se hubiera de juzgar, por ventura se estrañara menos que nuestro primer Padre, hubiera caído en ese lazo, porque no habia visto exam-

Tom. III. Quaresma. serm. 5. con Oo. para el dia de clar.

(a) Gen. cap. 3. v. 4.

plaz ninguno de la muerte; y el estado feliz de la inocencia en que Dios le habia criado, le hacia gozar de una salud inalterable, y aun le hacia inmortal. Así, mientras veía según razon, como no sentia algun achaque que le advirtiese de su mortalidad, podia dexarse engañar mas facilmente de la vana promesa del tentador, y lisonjearse con la esperanza de no morir: *Nequaquam moriemini*. Pero nosotros, en cuyos ojos está hiriendo sin cesar la imagen de la muerte; á nosotros, que por decirlo así, estamos cercados de la muerte por todas partes, y en nuestras enfermedades tenemos tristes experiencias de ella en nosotros mismos, el decirnos, no morireis: *Nequaquam moriemini*, parece que habia de ser la ultima tentación con que el diablo nos hiciese guerra, y que con ella no nos pudiera engañar: pero esta es con la que mas veces nos la hace, y lo mas extraño es, que le sale bien. El artificio es grosero, yo lo confieso; pero tanto mas lamentable es nuestra ceguedad, quando con él nos engañamos. Pues esto sucede cada instante: porque el demonio, que en todo busca nuestra ruina, y sabe por donde flaqueamos, no ha menester mas que decirnos, tu no has de morir de esta; y nosotros le creemos. No ha menester mas que darnos á entender que somos mozos, que nada insta, que tendremos tiempo de pensar en nosotros; y sin mas exámen nos fiamos de él, y con esta confianza infeliz vivimos con sosiego, y siempre con las mismas disposiciones, siempre con el mismo desorden de una vida mundana, siempre en el mismo estado de una desenfrenada conciencia: porque jamás estamos persuadidos eficazmente á que nos hemos de morir.

Parece que en esto vamos á una con nuestro enemigo: porque estamos tan lejos de estar persuadidos de la muerte, que no lo queremos estar, antes nos apartamos de todo lo que nos pudiera servir para estarlo; y está vista, que nos hiciera abrazar la santidad, solo sirve comunmente para inquietarnos, desconsolarnos, hacernos perder el animo, y á veces para irritarnos quando nos hablan, aunque sea muy ligeramente, de la vecindad de la muerte.

muerte, ó nos dan la menor luz en orden al peligro en que nos hallamos. Por esto (como sabiamente repara San Juan Chrisostomo) la mayor parte de los hombres mueren sin creer que se mueren. Por esto, aun aquellos mismos á quien constante y visiblemente les quedan menos dias que vivir, son los que mas se afanan por la vida. Quántos de ellos vereis, que heridos de una enfermedad mortal, y aun desahuciados, trazan designios, se empeñan en nuevos asuntos, y se inquietan con una multitud de negocios temporales, como si tuvieran en eso su mayor interes? Quántos viejos oprimidos del peso de los años, y con un pie en la sepultura, son tan ansiosos de los bienes de la tierra, como si los hubieran de poseer siglos enteros? Por esto los Grandes del mundo con una fatal necesidad quasi vinculada á su condición, jamás saben donde estan quando estan casi para espirar, porque estan todos prevenidos de que no lo quieren saber. Por esto no hay quien no concurra á engañarlos en las circunstancias en que importará abrirles los ojos. Se les asegura que todo vá bien, quando es evidente que todo vá mal: se les dá la enhorabuena de una ligera mejoría, y de una mudanza algo favorable en la apariencia, aunque en rigor es el ultimo esfuerzo de la naturaleza que descaece: se les ocultan con maña y cuidado todas las señales y pronósticos que en ellos se descubren de una muerte cierta: se les exagera la fuerza y virtud de los remedios, sin hablarles jamás de el remedio soberano que es la penitencia: así se les entretiene, y por qué motivos? Por unos motivos totalmente humanos: la muger por un excesivo cariño, los hijos por respeto ó por interes, los extraños por adulación, los domésticos por temor; de suerte que siempre ignoran la verdad, y aun quando estan muriendo, se tienen por seguros de que no han de morir.

Esta es la causa, de que aun los mismos que por su estado, y por la obligacion de su Ministerio debieran remediar este desorden, y hablar con mas libertad, tienen tanta dificultad en explicarse, y los unos desconfían con los

otros; el Medico con el Confesor, y el Confesor con el Medico, no queriendo ni uno ni otro encargarse de hablar en este punto, no obstante haberles fiado Dios esta importante, aunque dura y molesta comision, y sacrificando à unos fútiles respetos la salvacion de un alma, cuyo eterno destino dependia de su fidelidad. Esta es la causa de que siendo necesario declararse, se da prisa al enfermo en el extremo en que está para que recurra à los Sacramentos; esta es la causa de tantas cautelas, de tantos disfraces y rodeos. Se le asegura que no hay aun razon para desesperar de su vida: que el exhortarle à dar esta muestra de Religion, no es porque se juzgue que no sufre dilacion el peligro en que se halla, sino porque es bien prevenirse con tiempo, y tener el espiritu sosegado; y con esto se le quita uno de los motivos mas eficaces de la penitencia, y quiza el unico que entonces era capaz de que le hiciese fuerza; conviene à saber, la vista cercana del Hijo de Dios. No se portó así el Profeta, quando en nombre del Señor, y con una libertad santa advirtió al Rey de Judá que se acercaba su fin, y era necesario disponerse para ir à dar cuenta al Juez supremo: *Dispone domui tue, quia morieris tu, & non vives.* (a) Intimóle este decreto, sin añadir cosa que le suavizase: *Morirás, morieris.* No tuvo respeto à su grandeza Real, ni à la inquietud que habia de darle esta sentencia de muerte: *Morieris tu; morirás, Principe, tu en persona,* tu aunque eres Monarca y Principe absoluto. Sí Christianos, Y dónde se hallan hoy Profetas, no digo para los Reyes y Testas coronadas, pero ni para las otras clases del mundo, y especialmente para los que en él sobresalen de algun modo, ó en el nacimiento, ó en la dignidad? No me espanto que en los accidentes repentinos mueraen los hombres sin estar persuadidos à que se han de morir. Este es un horrendo castigo de Dios, y en él consiste aquella infeliz impenitencia de que poco há os hablé, quando Dios para

(a) Isai. 38. v. 1.

castigar al pecador permite que la muerte le arrebate en su pecado: pero no es este el asunto de hoy. Lo que no puedo llorar, ni condenar bastante es, que aquellos moribundos que llama Dios por los caminos ordinarios; aquellos à quienes dexa la muerte hasta la ultima respiracion el uso libre de su entendimiento; aquellos por quienes la justicia divina remite todos sus derechos, acomodandose con lo que han menester, y dandoles el tiempo necesario para que se reconozcan, que esos, digo, mueraen sin estar persuadidos de la actual necesidad y cercania de la muerte; porque esta falta de persuasion no es precisamente efecto de una rigurosa venganza del Cielo que los castiga, ni de un accidente impensado que los turba, sino de una insuperable obstinacion que los ciega: que nosotros mismos, por decirlo así, tomemos por empeño el burlarnos y engañarnos, no creyendo las cosas como son, sino como quisieramos que fueran: esto me parece digno, no solo de, toda mi compasion, sino de toda mi indignacion tambien.

Pues cuál es, Christianos, el remedio? Oidle, sacado de la doctrina y máximas de San Gregorio Magno, que entre todos los Padres de la Iglesia me parece habló mas claramente del asunto que trato. La primera máxima es, mantener habitualmente en nosotros una persuasion general de la muerte, que corrija todos nuestros engaños particulares; esto es, contraponer continuamente una viva idea de la muerte à todas nuestras presuntuosas seguridades en orden à ella; traer con frecuencia à nuestra memoria este saludable pensamiento; yo he de morir, y he de morir quando menos haya creído que me ha de suceder. Así me lo ha dado à entender el mismo Oraculo de la verdad; y desdichado de mí, si no estoy persuadido à ello, despues de terminos tan expresos del Evangelio, y de la amenaza de Jesu-Christo! Esta es la memoria de la muerte que Moyses encargaba tanto al Pueblo de Dios, por estar convencido de que esta Nacion tan inconstante y tan indocil se mantendria en el respeto à Dios, mientras tuviese este objeto delante de sus ojos: *Utinam sa-*

rent, & intelligerent, ac novissima providerent. (a)

La segunda máxima es, tener un amigo sincero y fiel, que sin disimular con nosotros, ni dar oídos a una amistad achacosa ó interesada, nos venga a visitar en el peligro, y nos diga con el mismo zelo y fuerza que el Profeta: Disponed vuestra conciencia quanto antes, porque la muerte no está lejos: *Dispone domui tuae: morieris enim tu.* (b) Instarle (como el oficio mejor que podemos aguardar de él) a que no dilate el declararse, ni tema que nos ha de entristecer. Hacer que esté bien persuadido á que en eso hemos de conocer que nos tiene un cariño verdadero, á que en eso le hemos de distinguir de los falsos, y en eso le deberemos uno de los mas estimables beneficios; que es estar persuadidos de nuestra muerte quando se llegare la hora: porque esto es lo que hemos de desear de un amigo. Los demas obsequios fuera de este, ó que no se dirigen á él, son vanos, despreciables y muchas veces peligrosos. Pero pensar en la salvacion de un moribundo, tomar el cuidado de su alma y de su eternidad, y disponerle con acertados consejos para acabar Christianamente una vida cuyo término ha de ser un sumo bien, ó un sumo mal, eso es propiamente ser amigo hasta la muerte. Busquemos este amigo fiel, pero en dónde? No entre los mundanos. Si son amigos (que pocos lo son) lo son segun el falso espíritu del mundo, lo son respecto de unas conveniencias frivolas del mundo, y solo para acomodar, ó adelantar segun el mundo á su amigo. Le hallaremos, sí, entre aquel pequeño numero de hombres virtuosos, que sirviendo á Dios con zelo, los ha reservado el Señor para sí en medio del mundo, y cuya piedad conocemos. Los hallaremos entre los Ministros de Jesu-Christo: amigos tanto mas sólidos, quanto mas nos ayudáren á morir bien, despues de habernos ayudado á bien vivir.

La tercera máxima es, estar firmes contra el temor de

(a) Deuter. 32. v. 29. (b) Isai. 38. v. 1.

la muerte; porque el temor demasiado de ella nos hace su memoria tan odiosa, y su persuasion tan difícil. Se gusta de imaginar muy distante lo que se teme, y aun se intenta borrarlo absolutamente de la memoria, como si nunca hubiera de suceder. Pues qué medio para hacer guerra á este miedo? Las armas de la fe, los motivos de la esperanza Christiana, los fervores santos de la caridad divina. Para esto, decirse muchas veces á sí mismo en lo secreto del corazon: *Ecce sponsus venit*: (a) Vamos, alma mia, á recibir al Esposo: mira que se da prisa: no ha de venir, sino que viene ya: *Ecce sponsus venit*. No viene para tu perdicion, sino para sacarte de las miserias de esta vida mortal, y hacer que entres en la posesion de su Reyno: no para despedirte de su presencia, sino al contrario para recogerte en su seno, y unirse eternamente consigo: *Ecce sponsus venit*. Lenguage, es verdad, muy elevado para las almas sensuales; pero afecto ordinario de las almas santas: consideracion llena de consuelo, que las asegura, las conforta y las anima. Con esta disposicion se regocijan al ver la muerte de cerca; y quanto mas de cerca la ven, tanto mas se previenen para recibirla, tanto mas aumentan sus cuidados, su actividad y su fervor: *Ecce sponsus venit, exite obviam ei*. Porque esta persuasion en qué nos empeña? En una vigilancia santa contra la muerte, que ha de ser asunto de la segunda parte.

II. PARTE.

Quién lo creyera, Christianos? Quién creyera que se podia hallar un preservativo contra la muerte, tener seguridad de ella á pesar de su incertidumbre, hacer de algun modo que mudase sus propiedades, y convertirla de engañosa en fiel, ó á lo menos quitarla el poder de hacernos traicion? Pues oid el importante secreto que quiso el Salvador del mundo enseñarnos: y este secreto, dice

San

(a) Math. 25. v. 6.

San Juan Chrisostomo, se encierra en esta sola palabra, velad: *Vigilate*. (a) Palabra, à la qual parece que el Hijo de Dios vinculó infinitas bendiciones: palabra con que concluyó casi universalmente todas las doctrinas que nos dió; y cuya práctica es la suma y compendio de toda la christiana sabiduria. Porque qual es el fin de la sabiduria del Evangelio? El punto grande de la salvacion. Y este punto esencial y unico de qué depende? De la muerte. Y qué medio mas infalible, ni mas necesario para prevenirnos contra la muerte y estar seguros de sus rebatos que la vigilancia? *Vigilate*.

A la verdad, dice aqui San Bernardo, por mas que yo haga, las circunstancias particulares de la muerte siempre han de ser inciertas; pero aunque la muerte es y ha de ser siempre incierta en sus circunstancias, puedo disponerme de suerte que nunca me coja desprevenido. A pesar de todas mis reflexiones, y de todas las averiguaciones de que pudiera valirme para conocer lo por venir, siempre he de ignorar el tiempo, el lugar, y el modo de mi muerte: porque son estos unos misterios que el Padre celestial ha reservado, no solamente para su poder Soberano, sino para su presciencia divina: *Quæ Pater posuit in sua potestate*. Pero sin saber el tiempo de mi muerte, puedo en todos tiempos vivir con tanto cuidado, que no haya jamas hora en que la muerte no me halle en vela: sin saber el lugar de mi muerte, puedo en todos los lugares aguardarla de tal suerte, que no haya lugar en que no esté seguro de sus lazos: sin saber el genero de mi muerte, esto es, sin saber si será espaciosa, ó repentina, ó pacible, ó acompañada de violentos dolores, una muerte que dexé mi alma en todo su acuerdo, ó que me turbe la razon, puedo tomar medidas tan acertadas, que nunca sea mierte desprevenida; y en esto está la diferencia de las vírgenes sabias y necias, de quienes habla el Evangelio. No estaban mas instruidas las unas que las otras de la

ho-

(a) Matth. 25. v. 13.

hora en que habia de llegar el Esposo; pero en esta incertidumbre, las unas por rezelo tuvieron siempre sus lamparas encendidas, y las otras se durmieron, y dexaron mientras duró el sueño, que se apagasen las suyas.

Pues en esto mismo, Christianos, debemos adorar la providencia de nuestro Dios; en esta incertidumbre de la muerte, la qual aunque à otros visos es tan horrorosa, es muy útil por los efectos que produce: pues por este medio nos contiene Dios en nuestro deber, y nos obliga à velar continuamente sobre nuestras acciones, à medir todos nuestros pasos, à pesar todas nuestras palabras, à purificar todos nuestros pensamientos, y arreglar todos los deseos de nuestro corazon. Si supiera cuándo he de morir, dónde he de morir, y cómo he de morir, quiza viviera con mas descuido y menos sujecion, pero la incertidumbre del tiempo, del lugar, y del modo con que he de morir, me reduce à la feliz necesidad de estudiar con diligencia todas mis obligaciones, y aplicarme exácta y constantemente à cumplirlas. Estar un instante sin esta disposicion, y sin esta vigilancia christiana, dice San Gerónimo, es obrar contra todos los principios, y contra todas las luces de la razon: porque es aventurar la eternidad à un solo instante.

De aqui se sigue que la mayor parte de los hombres, aun de los mas advertidos y sabios en la estimacion del mundo, son ciegos, y unos hombres sin juicio. Hay, hermanos míos, responde San Juan Chrisostomo, la consecuencia es demasiadamente buena, y la Escritura nos lo dice en terminos formales. No ha condenado en este punto por locura la prudencia mas refinada de este siglo? Qué otro juicio puede hacerse, quando se ven unos hombres (como con mengua del nombre Christiano vemos en todas suertes de estados) que se precian de vigilantes y hábiles para todo lo demas, y solo se descuidan en el punto en que mas debieran serlo; unos hombres tan atentos à los menores intereses de la vida, que dexan al acaso el principal interes que ha de decidir la muerte; unos hombres que pasan los meses y los años en ajustar las cuentas

que han de dar à hombres como ellos, y jamas piensan en ajustar la gran cuenta que han de dar à Dios; unos hombres que jamas creen que han tomado bastantes medios para asegurarse en la conducta del mundo, y lo arriesgan todo en la de la salvacion? Esta es la ceguedad de tantos Christianos, y plegue à Dios que no sea la vuestra. Porque segun la sentencia y expresion del Hijo de Dios, dónde está el dia de hoy el siervo fiel y prudente, que vela para estar siempre en disposicion de recibir al Señor que espera, y teme que le coja desprevenido? *Quis putas est fidelis dispensator, & prudens?* (a) Hablemos sin metáforas, y sobre algunos puntos particulares. Es velar, el remitir al tiempo de la muerte el cumplimiento de ciertas obligaciones igualmente indispensables delante de Dios, y delante de los hombres? pongo por exemplo, el pagar las deudas que de un año à otro crecen, y dexar à la buena ó mala fé de un heredero codicioso, que sabrá con mil trampas ponerlas à pleyto y descargarse de ellas; el hacer unas restituciones, en las cuales se habia de haber dado providencia, pero se fian de los hijos, à los cuales se les convertirán en nueva materia de delitos, y causa de su condenacion; el satisfacer à los criados, que casi nunca perciben sus salarios, y vienen con sus representaciones importunas, aunque justas por otra parte, à interrumpir à un moribundo, y el zelo de los Ministros ocupados con él; el averiguar articulos embarazosos; el aclarar dificultades y dudas, cuya resolucion depende de mil circunstancias que fuera preciso reconocer, pero no hay tiempo para poderse explicar; el verse con un enemigo, y reconciliarse con él, quando no se le puede perdonar de corazon, porque se ha vivido en un odio de muchos años, y se le hace llamar, por ceremonia mas que por religion? No paso mas adelante en esta individuacion; pero por decir algo mas general, y aun mas esencial. ¿es velar, el exercitarse tan poco en las buenas obras, estar tan poco

(a) Luc. 12. v. 42.

aplicados à los exercicios de la Christiandad, el cometer tan facilmente el pecado, el estarse en el habitualmente, el no recurrir à la penitencia; y exponerse de este modo à peligro de una muerte repentina y reprobada?

Ay! hermanos míos; guardemonos de este mal, temamos la muerte; pero hagamos que este temor nos sirva de defensa contra la misma muerte; y pues el provecho mas sólido que de él podemos sacar, es velar sin intermision, velemos al mismo tiempo que tememos, y tanto como tememos: traygamos muchas veces à nuestra memoria aquellas comparaciones familiares, pero convincentes, de que usaba San Juan Chrisóstomo para dar sensiblemente à conocer à sus oyentes la verdad que os predico. No se espera, decia este Padre, à disponer un navio para quando está ya en medio del mar combatido de las ondas y de la tempestad, y à riesgo de un naufragio: no se piensa en fortificar una plaza quando el enemigo llega y la embiste: no se alhaja el Palacio del Principe, quando el Principe está ya à la puerta. Semejanzas naturales, que nos dan à conocer la necesidad de una vigilancia pronta y continua, mejor que todos los discursos. No, no (dice San Gregorio Papa) no será tiempo de disponerse para el juicio de Dios, quando se manifestarán las señales precursoras de la venida del Hijo de Dios, no digo en los cielos y en la tierra, sino en nosotros mismos; quando *el Sol se oscurecerá*; es decir, quando nuestro entendimiento estará con la confusion y horror que suele infundir en él la presencia de la muerte: quando la *Luna se eclipsará*; esto es, quando nuestra voluntad significada en la inconstancia de este astro, se halla sin fuerzas ni capacidad de tomar alguna resolucion: quando *las estrellas caeran del firmamento*; esto es, quando estarán turbados nuestros sentidos, y hubieremos perdido su uso. Acordemonos de la excelente reflexion de San Agustin, que (si bien se medita) ella sola vale por un discurso entero. Que para morir christianamente no basta pensar en la muerte, ni disponerse para ella quando está vecina, sino que es necesario haber pensado en ella, y haberse dispuesto an-

tes: Por qué? Porque Jesu-Christo (cuyas palabras todas son otros tantos oráculos, y sabe encerrar en una palabra sola los mas profundos misterios de la salvacion) no nos dixo, prevenidos entonces, sino estad prevenidos: *Estote parati*. (a) De donde infiero esta terrible consecuencia, que hay tiempo en que el hombre puede prepararse para la muerte, y no obstante ser reprobado de Dios. Así sucedió à las virgenes necias, cuyo exemplo os he propuesto ya. Se prepararon, fueron de priesa à buscar aceyte para sus lámparas, pero tarde ya: el Esposo estaba dentro de la sala, y al volver hallaron cerradas las puertas. Quántos moribundos reprueba Dios quando se preparan, y su preparacion actual, por justo juicio del cielo, no impide su condenacion eterna, porque en lugar de ser una preparacion entera y cumplida, es solamente empezada è imperfecta? Despiertan de su sueño, toman en la mano la lámpara de la fe, les falta el oleo de la caridad, y se apresuran, se inquietan, y se mueven à todas partes; pero entre tanto se adelanta el Esposo, la puerta de la misericordia se les cierra, y Dios declara que no los conoce.

Estemos prevenidos, amados oyentes míos, y estemoslo siempre: *Estote parati*: no consista esta prevencion en unas ideas vagas y sin fruto, à qué se reduce muchas veces toda la disposicion que tenemos en la muerte; sino en obras y en efectos, en confesiones frecuentes, en comuniones fervorosas, en retiros santos, en lecciones utiles, en limosnas, en oraciones, y en todos los ejercicios de la devocion christiana. Sin esto, todo lo demas es una pura ilusion. No nos fiemos de la vigilancia de los otros; y en un punto en que nosotros somos los interesados, hagamos la cuenta solamente con nosotros. Dios nos ha dado Pastores, dice San Pablo, que velan sobre nosotros, como quien tiene nuestra salvacion à su cargo: pero sobre todo, nosotros somos nuestros primeros Pastores, y unicos en muchas ocasiones; de nada nos servirá el

(a) Luc. 12. v. 40.

el cuidado de los Pastores de la Iglesia para defendernos de los peligros, si no se acompaña y se afianza con el nuestro. Si descuidan de nosotros, y nos dexan perecer, ellos darán cuenta à Dios de nuestra perdicion; mas nosotros no quedáremos por eso menos perdidos. La justicia rigurosa que Dios hará en ellos por habernos desamparado, no disminuirá un punto la que ha de hacer en nosotros por habernos abandonado à nosotros mismos. Porque si Dios, al encomendarlos nuestras almas, los amenazó que los habia de pedir cuenta de ellas: *Sanguinem autem ejus de manu tua requiram*: (a) yo os puedo aplicar la misma amenaza, y deciros de parte de Dios, que os ha de pedir cuenta de vosotros mismos, pues las ha puesto à vuestro cuidado: *Animam autem tuam de manu tua requiram*.

Pero cuál ha de ser la práctica de esta vigilancia tan precisa? Reduzcola à tres puntos, que comprehenden toda la doctrina del Evangelio, y son los principios fundamentales de toda nuestra providencia por lo que toca à la muerte. Lo primero, mantenerse siempre en el estado en que se quisiera morir; por lo menos no permanecer en un estado, en que el morir causára horror: porque puede venir la muerte en qualquier estado, y en cada instante. Pues si tomando esta regla, y convirtiendome à vosotros, amados oyentes míos, os preguntára, estais dispuestos? ¿Qué tendríais que responderme? Pero lo que no puedo ahora preguntar à cada uno en particular, podeis preguntaros vosotros cada uno à sí mismo: Quisiera morir en esta costumbre viciosa, y llevar al tribunal de Dios tantos pecados como me ha hecho y hace cometer cada día? Quisiera morir con este rencor que mantengo en mi corazón, y me tiene en una enemistad de que Dios está ofendido, y el mundo escandalizado? Quisiera morir sin haber desagraviado al proximo de tal y tal injusticia que mi conciencia me reprehende, y de la qual no tengo que esperar perdon de Dios, mientras puedo satisfacerla, y no

(a) Ezech. 33. v. 8.

la satisfago? En efecto, amados hermanos míos, queréis morir así? Luego habéis de salir de ese estado, y ha de ser quanto antes: porque podeis morir en él todos los instantes que en él os estais, pues no hay un solo instante en que no estéis expuestos al golpe de la muerte.

Lo segundo, se han de hacer todas las obras poniendo la vista en la muerte; quiero decir, se ha de obrar en todo como se quisiera haber hecho en la muerte. A este fin nada se ha de emprender, executar, resolver, ni arreglar en orden à los empleos del día, sin haberse puesto antes con el pensamiento en el punto de la muerte; y haber pensado delante de Dios el juicio que se hará entonces del negocio en que se hubiere entrado; del designio que se hubiere concebido; de los medios que se tomáren para salir con él; de lo que se aprobará o reprobará; de lo que servirá de consuelo, y lo que causará aflicción; cómo quisiera uno haberse portado en tal circunstancia, haber hablado en tal conversacion, haber satisfecho à tal empleo y à tal comision, y haber cumplido con los exercicios de penitencia, de religion y de caridad. El que está poseído de estas ideas, nada estima, nada quiere, nada dice, ni hace que no sea conforme à la ley de Dios; y todo quanto estima, quiere, dice y hace, lo estima, quiere, dice y hace como Christiano, con zelo y con fervor.

Lo tercero, es necesario entrar muchas veces dentro de sí mismo, y examinarse para conocerse bien. Y qué es lo que entiendo por conocerse bien? Conocer todas sus obligaciones, todo lo bueno que puede hacer y no hace; todo lo malo de que puede huir, y no huye; lo que se debe cautelar en el estado en que cada uno se halla; los impedimentos ó auxilios que tiene para la salvacion; qué progresos hace, ó à qué errores está expuesto en este punto. Tener para este examen tan importante y sólido sus tiempos señalados en el año, en el mes, y en la semana. Meditar sobre esto, deliberar y tomar sus resoluciones, llorar lo pasado, asegurar lo por venir, y encenderse con un fervor cada dia nuevo. De este modo nuestro temor (según la expresion del Profeta Rey) se con-

vier-

vierte en nuestro mas firme apoyo, porque sirve para despertar nuestra vigilancia: *Posuisti firmamentum ejus formidinem.* (a) Tal era el temor de los Santos, y el fruto que sacaban de él. No solo pensaban en su muerte todos los dias de su vida; no solo velaban para disponerse para la muerte; mas tambien aprendian la ciencia de la muerte. Cómo? Haciendo como un noviciado y exercicio de la muerte de la misma vida: y esto es lo que me queda que explicaros en la tercera parte.

III. PARTE.

Hacer de la vida como un noviciado de la muerte, y así aprender, y ensayarse para morir, no parece mas contradiccion que paradoxa? Porque sin pretender utilizar en materia tan sólida como esta, qualquier noviciado supone dos condiciones; un frecuente exercicio de lo que se aprende, y poder volver à comenzar de nuevo, y corregir lo que primero no se acertó. Pues ni una ni otra de estas condiciones se hallan en la muerte; pues no se muere mas de una vez, y despues de la muerte, santa, ó en pecado, no hay modo de deshacer lo que una vez se hubiere hecho. Esto es lo que obligo à decir à San Agustin, que entre todos los errores que se cometen, los que se hacen en la muerte no tienen remedio. Pero no obstante eso, Christianos, es máxima de todos los Padres de la Iglesia, que se puede aprender à morir; y que despues del conocimiento de Dios, esta es la ciencia mas alta. Hay, dicen los Santos, su noviciado para la muerte, y en él se ensayaron los Santos: todo el cuidado de su vida fue estudiar en la muerte; y como es natural hacer con perfeccion lo que se sabe, y lo que se ha exercitado con larga costumbre, murieron como Santos, porque poseian con excelencia la ciencia de la muerte.

Pues en nuestra mano está imitarlos. Porque ved aquí

tres

(a) Psalm. 88. v. 41.

tres verdades que nos pertenecen no menos que à ellos, y todos nos las debemos aplicar. La primera: *cada dia morimos*, segun la sentencia del Espiritu Santo; luego es facil aprender à morir. La segunda: todas las criaturas nos enseñan à morir; luego si no sabemos morir, no tiene excusa nuestra ignorancia. La tercera: la vida christiana à que Dios nos ha llamado, es un continuo exercicio de la muerte; luego somos muy culpables, si no estamos muy hechos y experimentados en el arte de morir. Las conseqüencias son evidentes; paso à hacer que convegnais en los principios.

Es cierto en algun sentido, que hemos de morir mas de una vez. Cada hora morimos, y cada hora podemos (no solamente sin culpa, mas tambien con merecimiento) morir voluntaria y libremente. En efecto, quando Dios amenazó al primer hombre, que habia de morir si le desobedecia: *In quacumque die comederis, morte morieris*, (a) el decreto se executó (segun el reparo de San Ireneo) en Adán, luego que quebrantó el precepto divino. Si no, hubiera sido Dios poco eficaz y sincero en el decreto que habia intimado. Porque no le dixo al primer hombre, morirás algun dia, morirás en cierto tiempo, morirás despues de haber vivido tantos años, ó tantos siglos; sino absolutamente le dixo, morirás en el mismo dia, y en el instante en que pecares: *In quacumque die*; y asi se cumplió. Desde entonces quedó Adán sujeto à toda suerte de enfermedades en castigo de su desobediencia: experimentó que se debilitaba su complexion; y su cuerpo, degradado (si puedo decirlo asi) del privilegio de la inocencia, comenzó à descacer, y de consiguiente à morir. Pues lo que se verificó en Adán, igualmente se verifica en nosotros, y los mismos Paganos lo reconocieron. Nos engañamos, decia Seneca; y nuestro engaño consiste en que miramos siempre la muerte como futura: *In hoc fallimur, quòd mortem prospicimus*. Tan lejos está de ser asi,

(a) *Gen. 2. v. 17.*

asi; que una gran parte de ella ha pasado ya en nosotros; *Magna pars ejus jam præterit*. Y debemos hacer cuenta que tiene en su poder todo lo que ha pasado de nuestra vida: *Et quidquid ætatis retrò est, jam præterit*. Pero mas expresamente lo dixo San Pablo; y la sentencia de este Apostol debe ser de muy diferente peso en este punto: *Quotidie morior per vestram gloriam, fratres*. (a) No hay dia, hermanos míos (escribia à los Corintios) en que yo no muera; y la gloria que recibo de vosotros, hace que no haya dia en que no muera con alegria y gusto.

Supuesto, pues, que cada dia morimos, ¿podemos decir que es dificultoso el aprender à morir? Y si morimos necesariamente cada instante, ¿qué impedimento tenemos de acostumbrarnos à morir por eleccion, y por necesidad? Yo confieso (prosigue San Agustin adelantando este pensamiento) que nuestros ojos están hechizados con la vista de lo presente; pero si hay hechizo en nuestros ojos, debemos buscar el remedio en nuestros entendimientos; el remedio consiste en comprehender bien, que este cuerpo que nos parece vivo, en la verdad es un cuerpo que se destruye, y se está muriendo: *Fascinatío est in visu, sed remedium in intellectu: vides viventem, cogita morientem*. Estas palabras son de mucha eficacia, y energia. Vosotros vivis; dice San Agustin; pero el mismo principio que os dá la vida, es el que os causa la muerte; y aunque vuestros sentidos os digan lo contrario, debe corregirlos vuestro entendimiento, mostrandoos que esta que se llama vida, no es sino un principio y paso para la muerte: *Vides viventem, cogita morientem*.

Pero ademas de eso, añade San Agustin; ¿quién nos enseñará à morir, y à qué escuela iremos para aprender esta leccion incomparable? ¿Quién nos enseñará? Todas las criaturas del universo, especialmente aquellas por quienes nos mantenemos y vivimos. Porque en primer lugar, no salgamos (dice el Apostol) fuera de nosotros, dentro

Tom. III. Quaresma. Qq

(a) 1. Cor. 15. v. 31.

de nosotros mismos tenemos todas las pruebas de una muerte cierta. No hemos menester sino preguntarnos: todo quanto hay en nosotros nos dirá con una voz secreta, pero uniforme, que es preciso morir; y por mas que podamos arguir à nuestro favor, jamas tendremos otra respuesta, sino que es preciso morir. Tu eres rico, pero es preciso morir: tu tienes credito y reputacion, pero es preciso morir: tu eres mozo, y estás en estado de gozar de los gustos de la vida, pero es preciso morir: tu eres el idolo del mundo, pero es preciso morir. Esta sola voz oiremos; porque Dios al criarnos gravó en nuestro mismo sér esta respuesta general que nos dan todos los elementos de que estamos compuestos, y destruyendose los unos à los otros, nos destruyen à nosotros por el mismo caso. No nos contentemos con esto, miremos tambien todo lo que nos cerca, porque todas las criaturas de que estamos cercados, y sirven para mantenernos, no solamente nos anuncian la muerte, sino tambien actualmente nos enseñan, y nos exercitan à morir: ¿Cómo? Dexandonos, apartandose de nosotros, y dexando de ser nuestras, lo qual es (como observa ingeniosamente San Agustín) un verdadero exercicio de la muerte. Porque ¿à cuántas cosas podemos decir que estamos ya muertos, y que morimos sin cesar? Los gustos de la juventud ya no son para nosotros, ni nosotros para ellos; la alegría de ayer ya no es hoy, y estamos muertos para ella; las honras que otras veces nos han hecho, ya son nada; y el olvido (que por sí mismo es una especie de muerte) las ha reducido à nada en la memoria de los hombres; y como todas estas honras y gustos nos han dexado ya, todo lo demas, no solo nos dexará, sino nos dexará conforme usamos de ello. ¿Pues no es muy grosera nuestra ceguedad, si despues de tantos ensayos y experiencias no llegamos à adquirir la ciencia de la muerte?

Pero principalmente estamos obligados à esta ciencia práctica de la muerte por la profesion de Christianos à que nos ha llamado Dios; pues segun todas las reglas de la Escritura, la vida christiana, hablando propiamente, es una muere-

muerte continua. Por eso San Pablo, que comprendía admirablemente esta verdad, no daba à los primeros fieles otra idea de lo que eran, sino esta: *Mortui estis, & vita vestra abscondita est cum Christo in Deo*: (a) Estais muertos, y vuestra vida está escondida con Dios en Jesu-Christo: *Consepulti enim sumus cum Christo per Baptismum in mortem*. (b) Estais sepultados con Jesu-Christo por el Bautismo, que es un Sacramento y misterio de su muerte para vosotros; y esto (añade San Juan Chrisostomo) se debe entender, no en sentido metafórico, sino à la letra y en el rigor de las palabras: porque ¿à qué se encaminan todas las máximas de la vida Christiana, sino à apartar el alma del cuerpo, à apartarla de sus deleytes, de sus sensualidades, de su servidumbre y de su esclavitud? Pues apartar el alma del cuerpo, ¿qué es sino enseñarle à morir? *Porrò secernere animam à corpore, quid aliud est, nisi emori discere?* Despeguémonos, decia Seneca, de este asimiento vil que sujeta nuestro espíritu à la carne, y nos acostumbráremos à morir: *Disjungamus nos à corporibus, & sic consuescimus mori*. Pero nuestra Religion nos manda executar santa y generosamente lo que los Filósofos, aunque con terminos magnificos, inutilmente decian: porque nos aparta de nuestros cuerpos con la mortificación, y con esta separacion nos hace entrar en la práctica de la muerte, en que consiste el merito de la vida.

Sigamos, pues, amados oyentes míos, esta doctrina. Despeguémonos de este cuerpo que la Escritura llama tantas veces *cuerpo de pecado*, y no aguardemos à que la muerte nos despoje de él por fuerza, pues está en nuestra mano despojarnos de él por virtud. Un alma que no renuncia su cuerpo sino en el instante de la muerte, es indigna de Dios. ¿Me pedis prácticas para bien morir? Ved aqui una, sin la qual me atrevo à decir que todas las demas son vanas y fantásticas. Despegad vuestra alma de quanto amais, fuera de Dios: ved en dos palabras la ciencia de la muerte. Preve-

Qq 2

(a) Colos. 3. v. 3. (b) Rom. 6. v. 4.

nid con una mortificación voluntaria las operaciones violentas y dolorosas de la muerte. La muerte os quitará el uso de los sentidos; haced que mueran anticipadamente, prohibiéndolos todo lo que puede desagradar à Dios; la libertad de las palabras, la curiosidad de la vista, la delicadeza del gusto. La muerte os arrebatará vuestros bienes, dexadlos desde ahora con el espíritu y con el corazón. En lugar de esa sed insaciable de recoger y amontonar tesoros, tened, según Dios, una gloria santa en distribuirlos. En lugar de envidiar lo que no teneis, dad sin dificultad, y con gozo lo que poseéis. La muerte os apartará de vuestros amigos; haced con tiempo un divorcio christiano de ellos, y dexad esas compañías escandalosas, esas conversaciones peligrosas, esas amistades cariñosas, y esos tratos sospechosos. No perdoneis nada, y acordaos del excelente pensamiento del Abad Ruperto: Que para que la mortificación haga el oficio de la muerte y tenga sus propiedades, ha de ser universal y absoluta; que como no se dice que un hombre ha muerto por haber perdido el habla ò la vista, sino que es necesario que esté del todo sin accion y sin sentido; tampoco se puede decir que un Christiano es mortificado por haber refrenado un apetito sensual, si no los ha refrenado, y los ha sujetado todos à Dios. Quando os sucedieren desgracias, aflicciones, calamidades y pérdidas, decidle à Dios levantandoos sobre vosotros mismos con el espíritu de la fe: Seais, Señor, bendito; lo que conviniere hacer en la muerte, me ha venido antes que se llegue esta hora. Lo que me quitais me hubiera quitado ella, y este es un tributo que yo la habia de pagar, pero ya le he satisfecho felizmente: con eso estuviere asido al mundo; pero Vos habeis roto mis prisiones, y lo habeis dispuesto tan bien por vuestra infinita misericordia, que no tendrá la muerte cosa que me asuste, por poco que yo corresponda à vuestros designios.

Si os hallais, amados oyentes míos, con esta disposición, dad gracias al Cielo, digo otra vez; porque eso es estar preparado para la muerte; y no me respondais que esa es una vida triste: vengo en que lo sea; pero à esa vida triste

se sigue una muerte llena de consuelo, y sobre todo una muerte de un predestinado: y una muerte santa vale tanto que no podemos apreciarla bastantemente, ni es cara à qualquier precio que se compre. Paso adelante; y digo, que cotejadas todas las cosas, la vida de un Christiano muerto al mundo y à todo lo que le podia tener asido à él, es mil veces mas sosegada, y por consiguiente mas feliz que la de los mundanos asidos al mundo, y tanto temen salir de él y perderle. Esté solo pensamiento nada me detiene, y estoy dispuesto para partir quando guste Dios de llamarme; es el más apacible sosiego, y la felicidad más sólida de un alma. Pero direis, que vivir así no es vivir, sino vivir como si no se viviera. Ah! Christianos; ¿pues no es esto lo que pedia el Apostol à los primeros Fieles, y lo que yo debo pedirlos à vosotros? *Reliquam est, ut qui utuntur hoc mundo, tanquam non utantur.* (a) Hermanos míos, usad del mundo como si no usarais de él; es decir, vivid como si no vivierais; vivid sin amar la vida ni sus bienes; vivid para Dios, vivid por Dios, vivid en Dios para vivir eternamente con Dios en la gloria, Yo os la deseo, &c.

(a) 1. Cor. 7. v. 31.